

LORENZO LUZURIAGA: EL CAMINO DEL EXILIO, DE GLASGOW A TUCUMÁN. LA DESILUSIÓN DE UN LIBERAL

Christopher H. Cobb
Kingston University

Entre las figuras preeminentes de la reforma educativa española de los años veinte y treinta, Lorenzo Luzuriaga puede considerarse como el más puro representante de la tradición de la Institución Libre de Enseñanza. Las referencias a Giner y Cossío son constantes en cada época de su vida profesional. Sin embargo, su vida no discurrió en un remanso de exclusiva dedicación docente. Si, en una primera etapa, su adhesión a la Liga de Educación Política y sus colaboraciones en el seminario *España* ilustran la influencia de Ortega, por contraste su asociación con Núñez de Arenas y el movimiento de la Escuela Nueva correspondió con un período de reformismo militante con una dimensión política durante el cual se iba a preparar las «Bases para un anteproyecto de Ley de Instrucción Pública» que se presentarían al XI Congreso del PSOE en 1918¹. Pero este activismo iba a ser de corta duración y su creación de la *Revista de Pedagogía* en 1922 señala la afirmación de una postura más bien apolítica y una concentración casi exclusiva en preocupaciones profesionales, actitud característica de la Institución Libre. Con todo, su prestigio nacional e internacional queda manifiesto en sus numerosos cargos que incluían el de Inspector de Educación Primaria, Inspector Agregado del Museo Pedagógico y Secretario Técnico del Ministerio de Instrucción Pública.

¹ Ver A. TIANA FERRER: «Los programas y la práctica educativos del socialismo español (1879-1918)», en I Jornadas de Educación, *Lorenzo Luzuriaga y la política educativa de su tiempo*, Ciudad Real, Diputación, 1986, p. 123.

Como en tantos otros casos esta actividad fue truncada por la guerra. Las circunstancias que rodearon su salida de España en septiembre de 1936 no se clarifican en la documentación oficial y hemos tenido que recurrir a la evocación de aquel percance azaroso por su hija Isabel². Según ella, la familia fue denunciada a principios de septiembre, posiblemente por un jardinero, lo que dio lugar a un registro domiciliario efectuado por la CNT. A pesar de ser una familia intensamente laica, se descubrió en la habitación de uno de los hijos un pequeño ornamento en forma de la figura de la Virgen, suficiente, al parecer, para ponerles en peligro. En el curso de una rápida conversación telefónica con Manuel Azaña, el Presidente de la República les indicó que figuraban en una lista negra y les aconsejó guarecerse en el extranjero y trabajar por la República, defendiendo su causa en sus escritos. En diez minutos la familia decidió abandonar su casa y tomar el tren a Valencia y desde allí a París y Londres, viajando sin maletas y con unas alhajas en los bolsillos de Isabel como único capital.

Si nos resulta casi imposible comprobar estos hechos, debemos notar que Juan Ramón Jiménez recibió un consejo parecido de Azaña que le dijo que «el gobierno republicano quería proteger a los intelectuales y artistas y que no tenía inconveniente que salieran de España»³. La veracidad de los recuerdos de Isabel Luzuriaga se ve reforzada por comparación con la experiencia casi idéntica de su compañero en el movimiento reformista, José Castillejo, Secretario de la Junta de Ampliación de Estudios. Al estallar la rebelión militar éste, con su habitual sentido del deber, regresó de una misión oficial en Ginebra para ponerse a la disposición del gobierno. Allí empezó la pesadilla:

«Dos días después de su llegada a Madrid fue detenido por cuatro profesores milicianos. Su nombre había aparecido en el periódico *Claridad* en la lista de aquellas autoridades que era preciso eliminar. Fue conducido a las oficinas de la Junta, de la que ya no era secretario, para que aceptase ponerla en manos de un comité revolucionario. Pero el Ministro de Educación, Domingo Barnés, había sido avisado y pudo evitar el subsiguiente "paseíllo". Tras los más delicados forcejeos entre la autoridad oficial y la fuerza real pudo ser conducido a la Embajada británica y un día después salía en avión hacia Inglaterra.»⁴

² Entrevista con el autor, el 17 de septiembre de 1996.

³ Comentario de L. MONFERRER CATALÁN, en «La literatura sobre la Guerra Civil Española en Gran Bretaña (1936-39)», *Suplementos Anthropos*, n.º 39, 1992, pp. 169-92.

⁴ LAPORTA, J.; RUIZ MIGUEL, A.; ZAPATERO, V.; SOLANA, J.: «Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de Estudios», *Arbor*, n.º 493 (1987), p. 79.

En Londres inició en seguida su actividad en favor de la República. Por su conocimiento del Profesor Gilbert Murray hizo llegar al Foreign Office un proyecto para un centro neutral de intercambio de correspondencia, proyecto que podría extenderse al intercambio de no combatientes con la ayuda de la Cruz Roja que Castillejo ya estaba consultando⁵. Su artículo sobre la posibilidad de mediación entre los contendientes que apareció en el *Times* el 1 de mayo de 1937 (seguido de otro el 18 de mayo) inspiró al Obispo de Gibraltar a presionar —sin resultado— a Lord Cranbourne en el Foreign Office.

Su energía desbordante también se ejerció en favor de amigos y conocidos. En el caso de Luzuriaga se resalta en su correspondencia lo imprescindible de esta ayuda⁶. Llegado con su familia a Londres a finales de septiembre entró sin demora en contacto con Castillejo: «A quien más veo es Castillejo: el más activo y eficaz de todos. Nos ha buscado escuelas, da conferencias, artículos, se ocupa de todo el mundo.»⁷ Utilizando sus varios y bien establecidos contactos en el mundo educativo británico, Castillejo pudo rápidamente acudir en su ayuda. En su carta a Luzuriaga del 11 de octubre de 1936 le envió toda la documentación (formularios, referencias, etc.) necesaria referente a un puesto para su hijo, Carlos, en el Barry County School en el País de Gales. Hasta el menor detalle había sido previsto: «No es necesario que llegue mañana porque ya el Director de la escuela está avisado». Repasando sus experiencias en una carta a Ortega del 23 de diciembre de 1936 Luzuriaga comentó: «Hemos pasado, como todos, apuros económicos, pero los hemos vencido». A Américo de Castro le dio una relación más exhaustiva de aquellos problemas⁸. Había encontrado colocación para todos los miembros de su familia: Carlos en la escuela galesa ya mencionada con diez libras mensuales e Isabel, interna gratuita en un «magnífico colegio de South Croydon».⁹ Su mujer, Maruja, estaba dando clases de español a un «baronet» y él mismo en «otra escuela a una hora de aquí cuatro veces por semana por otras diez libras».¹⁰

⁵ Fechado el 29 de agosto de 1936, correspondencia general del Foreign Office. Public Records Office, Kew, Surrey, W1095/62/41.

⁶ La correspondencia de Luzuriaga con sus contemporáneos, durante el período de la guerra y su exilio, se conserva en la Fundación Ortega y Gasset. Debemos agradecer a Isabel Luzuriaga su sumo cuidado en la conservación de los papeles de su padre.

⁷ Luzuriaga a Américo Castro, el 28 de noviembre de 1936.

⁸ Carta citada del 28 de noviembre de 1936.

⁹ Se trataba de Crophamhurst School.

¹⁰ Brockley County School.

Es posible que el dramatismo tan evidente en los reportajes de la guerra, la visión del desbaratamiento en la existencia de tantos amigos y conocidos, el deseo de asociarse con la organización del socorro humanitario, así como los contactos que resultaban de sus actividades personales y semioficiales puedan explicar cierta exaltación en sus reacciones a los nuevos contornos de su vida. A pesar de la fría indiferencia hacia la guerra civil que más tarde iba a extenderse a amplias capas de la opinión británica, en aquel momento del verano y otoño de 1936 se respiraba un ambiente pro republicano y España saturaba los titulares de los periódicos. La euforia queda clara en su correspondencia de finales de 1936. A Ortega le escribió el 23 de diciembre: «Mi impresión de Inglaterra no puede ser mejor». El mismo tono se destaca en su carta del 28 de noviembre a Américo Castro: «Aun me queda tiempo para leer y enterarme de este magnífico país, único para echar una mano a las cosas de nuestro pueblo. A pesar de mi inglés deficiente he visto a bastante gente». Esta idealización tenía raíces más lejanas en la visión de la Inglaterra liberal iniciada por Giner de los Ríos y muy visible en la obra de otro discípulo suyo, José Castillejo, para quien había una valla casi insuperable entre lo que consideraba como la tolerancia de la tradición británica y la violencia desencadenada en España: «The British liberal faith in companionship and communication between adverse ideologies was and still is alien to the Spanish mentality.»¹¹

En sus primeros meses en Londres, aparte las preocupaciones económicas, la aportación más importante de Luzuriaga a la causa republicana se centraba en un proyecto de traer 30 a 50 niños españoles a Gran Bretaña. Hizo referencia breve a esto en su carta a Américo Castro del 28 de noviembre de 1936, «...encargándome (yo) y Maruja de ellos con dos o tres maestros españoles», los ingleses corriendo con los gastos de sostenimiento. A su amigo y colega Santullano, entonces en el Ministerio de Instrucción Pública, le comentó: «Vd también [está] metido en esta faena de cuidar criaturas.» Añadió unos detalles sobre los grupos con los que estaba negociando:

«Mi proyecto es pedir aquí auxilio a las entidades de protección de la infancia y a algunas entidades democráticas para el sostenimiento de 30-40 chicos mayorcitos que pudieran completar su educación.»¹²

¹¹ *Education and Revolution in Spain*, London, OUP, 1937, p. 21. Otro tanto se podría decir de Alberto Jiménez Fraud. Ver «La cruzada de la cultura»: *The British Experience of Propaganda from Spain during the Civil War*, *Tesserae*, vol. 2, n.º 2, pp. 240-41.

¹² Carta del 8 de diciembre de 1936.

Durante noviembre y diciembre estaba sumergido en una intensa actividad. El 26 de noviembre el Vizconde Churchill le envió una copia de la carta que había dirigido al Spanish Medical Aid Committee, específicamente a Lord Noel Buxton que representaba al Save the Children Fund:

«Professor Lorenzo Luzuriaga has been to see me. He has come on a mission from the Spanish Government in connection with the work for the care and protection of children. He has, it seems to me, an excellent proposal for removing children from the war zone and bringing them to England for education... I am asking him to get in touch with you.»

La única documentación que se ha conservado se limita a un borrador manuscrito del mismo Luzuriaga, sin fecha pero probablemente del período en que se discutía su proposición:

Proyecto de un viaje a Inglaterra -30-50 niños españoles.
30-50 niños del Consejo de Protección de Menores.
Viaje por Francia hasta Londres (a cargo de España).
Estancia en Londres. Sostentamiento a cargo del Comité Central de Ayuda Médica a España y National Union of Teachers.
Alojamiento en una casa o escuela del London County Council.
Permiso del Gobierno Inglés. Gestión Embajada.
Cté de Señoras para recoger asistencia, etc.
Embajadora y secretarias.
Sra Castillejo.
Sras de la Colonia Española, etc.
Clases en español y lecciones de inglés.
Visitas a museos, monumentos, excursiones, etc.

En la misma fecha, el 26 de noviembre, comunicó el proyecto a Mariano Granados y Antonio Montesinos, respectivamente Presidente y Secretario del Consejo Superior de Menores, indicándoles que desempeñaba una misión oficial. Para recomendar el proyecto subrayó las ventajas, sobre todo «el conocimiento y trato de la vida inglesa y, por último, despertar el interés de este país por la República y su gobierno legítimo.» El 3 de diciembre Granados mandó un telegrama a la Embajada Española, admitiendo el plan, pero, en la misma fecha, surgió un problema. Luzuriaga había sin duda buscado el apoyo del sindicato de enseñanza, la National Union of Teachers, mencionada en su borrador. Llewellyn, el representante de la sección de West Lambeth, le pidió más información sobre su propuesta y el 9 de diciembre le escribió

para informarle sobre la reunión de la sección sindical en que se había discutido el proyecto. En el contexto de las dificultades encontradas en el caso de otros planes, Llewellyn consideró que otro tipo de medida sería mejor recibida y se aprobó una resolución recomendando la colecta de dinero, ropa y ayuda médica para niños españoles refugiados. El 26 de diciembre Luzuriaga tuvo que comunicar el abandono del proyecto a Granados, explicándole las causas:

«[Había] encontrado facilidades en ciertos sectores laboristas y democráticos...algunas entidades habían ofrecido dinero y apoyo pero ninguna corporación o entidad ha querido recabar o aceptar la responsabilidad del sostenimiento por temor a un posible fracaso ante la escasez de recursos si la estancia era algo larga.»

Hay varias conclusiones que se imponen al final de estas negociaciones desventuradas. En primer lugar, Luzuriaga tenía acceso a una red extendida de contactos españoles relacionados con este asunto y se ha notado como pudo obtener una respuesta positiva del Consejo Superior de Menores. También supo aprovecharse de su ejercicio de una misión oficial: «...es interesante tener un pequeño trabajo o apoyo oficial» le comentó a Américo Castro el 28 de noviembre.

En aquellos meses de finales de 1936 Luzuriaga dedicó una gran energía a la realización de su plan, poniéndose en contacto por escrito con los individuos y entidades más indicados, acudiendo a citas incansablemente, a la vez que daba sus clases en la Brockley County School a una hora del centro de Londres. En un principio todos los que le recibieron se mostraron simpatizantes, pero el acalorado entusiasmo de Luzuriaga le impidió reconocer inmediatamente las finas gradaciones de opinión entre sus interlocutores. Poco a poco empezó a identificar las reservas del Foreign Office que prometían ser cruciales en el momento de solicitar permisos de entrada. Aludió a estas distinciones al escribir a Américo Castro: «En realidad el inglés medio creo que está más de nuestro lado, pero el Gobierno no quiere complicaciones.» Por entonces las corrientes en favor de la neutralidad y el aislacionismo iban ganando terreno y Luzuriaga terminó su carta a Castro recordándole que «Inglaterra no está aún armada».¹³

Tampoco logró el apoyo deseado en la opinión de la National Union of Teachers, más radical y favorable a la República. El problema

¹³ Carta citada del 28 de noviembre de 1936.

de los gastos de sostenimiento era tan acuciante y grave que podía explicar sus reservas. Sin embargo, el proyecto de Luzuriaga se refería a una minoría muy selecta con un elevado nivel de costes. Igualmente hay que reconocer en las referencias a la Embajadora y las damas de la colonia española cierto aire tradicional típico de las convencionales obras caritativas. Esto podía haber influido en la decisión del sindicato de orientar sus esfuerzos hacia el Comité de Ayuda Médica y el muy conocido «Save the Children Fund».

El fin de esta campaña coincidió con la cesación de su misión bajo los auspicios del Ministerio del Estado. Hemos notado varios comentarios por parte de Luzuriaga sobre la eficacia de un reconocimiento oficial al presentarse ante la administración británica. En su nota a Granados del 26 de diciembre anunciándole el abandono del proyecto, le añadió unas palabras sobre su situación personal: «Por otra parte, en el Ministerio del que dependo, el de Estado, ha habido modificaciones muy importantes como es el de pasar a Instrucción Pública los asuntos de relaciones culturales y con ello me han dejado sin el apoyo que hasta ahora tenía.» No indica la explicación de este brusco viraje, pero no sería difícil imaginar que el nuevo equipo en la dirección de Instrucción Pública, sobre todo Wenceslao Roces, el Subsecretario, y García Lombardía, el Director General de Primera Enseñanza, no veían con buenos ojos la ausencia de intelectuales en el extranjero cuando el gobierno se veía tan seriamente amenazado¹⁴. No hay lugar a dudas sobre las aspiraciones hegemónicas de la nueva dirección en el campo cultural y el Ministerio de Propaganda iba a sentir también la presión de Instrucción Pública para absorber el control de la propaganda cultural¹⁵.

Fue su separación del Ministerio de Estado lo que provocó un cambio significativo en sus circunstancias. La pérdida del pequeño emolumento que le correspondió fue lo de menos: la interrupción de su misión le privó de su actividad relacionada con la guerra y los contactos que resultaban. Económicamente podía contar solamente con unas horas como interino pero le quedaban otras posibilidades. Entre los personajes con los que había colaborado se encontraba Sir Daniel Stevenson,

¹⁴ Ver nuestro estudio sobre *Los milicianos de la cultura*, Bilbao, UPV, 1995, Cap. III, El Ministerio de Instrucción Pública (septiembre, 1936-abril, 1938).

¹⁵ Ver la copia de la carta de José Carreño España, Consejero de Propaganda de la Junta de Defensa de Madrid, a Carlos Esplá, Ministro de Propaganda, reproducida por Gamonal Torres, M., *Arte y política en la Guerra Civil Española. El caso republicano*, Granada, Diputación Provincial, 1987, pp. 78-81.

figura bien conocida en Glasgow desde donde organizaba el envío de ambulancias escocesas al servicio de la República. Stevenson se había interesado en el caso de Luzuriaga que había escrito: «Por si acaso tengo un ofrecimiento de Sir Daniel Stevenson para ir como "Assistant Professor" a Glasgow con Atkinson.»¹⁶ A poco de estallar la guerra varias universidades británicas habían ofrecido ayuda a sus colegas españoles que se habían refugiado en Gran Bretaña. El Profesor E.O. James, de la Universidad de Leeds, indicó en el *Times* del 17 de octubre algunos ejemplos prácticos en este sentido, variando entre la utilización de fondos departamentales para invitar a conferenciantes y la acogida en casa de individuos expatriados. Unos días más tarde, el 21 de octubre, el Profesor Peers, catedrático de español en la Universidad de Liverpool, también ofreció su apoyo en este sentido. Indirectamente como consecuencia de esta correspondencia Luzuriaga conoció a Peers, logrando de esta forma posibles entradas en dos departamentos universitarios.

Su contacto con Glasgow parecía más seguro a causa de la recomendación de Stevenson: ya había recibido cien libras como subvención a título personal del Fondo General «Stevenson» el 15 de octubre¹⁷. El 19 de noviembre fue nombrado «Assistant» a partir del 12 de enero de 1937 con un sueldo de nueve libras por semana durante el año lectivo¹⁸. Si se puede asociar cierto prestigio con un puesto universitario la triste realidad se reducía a unas horas de clases de conversación, peor retribuidas que sus clases de lengua española en la Brockley County School. Así inició el duro aprendizaje por el que han pasado tantas generaciones de españoles en el Reino Unido, empezando con Alcalá Galiano a principios del siglo XIX.

El traslado a Escocia supuso varias desventajas de importancia. Aparte el distanciamiento de la familia (Jorge en el Ejército Republicano, Carlos en el País de Gales e Isabel en su colegio de Croydon) y la separación de sus actividades pro gubernamentales, estaba poco a poco perdiendo la posibilidad de continuar su trabajo profesional. Tampoco logró introducirse en los círculos republicanos de Glasgow, descritos con cierto detalle por Salazar Chapela (entonces Consul Español) en su novela *Perico en Londres*.¹⁹

¹⁶ Carta citada a Américo Castro.

¹⁷ Archivo de la Universidad de Glasgow, C/1/2/13.

¹⁸ *Ibid*, C/1/1/44.

¹⁹ Buenos Aires, Losada, 1947, pp. 31-37.

Dentro de la vida académica británica su única relación fue con los hispanistas, cuyas divisiones en cuanto a la guerra reflejaban las de la sociedad en general. La fidelidad al gobierno legítimo del Profesor J.B. Trend, catedrático de la Universidad de Cambridge, no admitía dudas a la luz de su liberalismo tan evidente en un libro como *A Picture of Modern Spain, Men and Music*²⁰: lo mismo puede decirse de la profesora Helen Grant²¹. Entre los pro franquistas se puede hacer caso omiso de Antonio Pastor, del King's College de la Universidad de Londres. «Está más tonto que de costumbre», escribió Luzuriaga. «Está en un plan de niño memo. Ya le llegará su hora.»²² Peers fue sin duda alguna el universitario más comprometido, siendo autor de varios libros sobre la guerra²³. Escribió para una gran variedad de periódicos y revistas, sobre todo católicos, y publicó un comentario sobre el curso de la guerra en cada número de la revista por él editada, el *Bulletin of Spanish Studies*. Con Aubrey Bell Atkinson colaboraba con regularidad en el *Bulletin*. No manifestó el mismo fervor que Peers, limitándose a tratar con desprecio olímpico los libros de la guerra que reseñaba. Luzuriaga apreció la acogida que recibió. «Atkinson se portó muy gentilmente conmigo» escribió a Castro después de unos cuatro meses en su departamento. Sin embargo no tenía clara idea de él y otros hispanistas británicos ni de su rango profesional. Por esto le pidió información a Castro. «¿Qué concepto tienes de él como hispanista? Te agradecería unas líneas sobre él y los demás de la Gran Bretaña, (Entwistle, Allison, etc.) para saber a qué atenerme.»²⁴ Solamente dos meses más tarde hizo un retrato bastante agudo de Atkinson para Ortega:

«Atkinson es discreto y agudo más que hombre de gran talento. Conoce sus clásicos pero no tiene una concepción amplia de nuestra historia y literatura. Políticamente es más bien conservador y por lo tanto un poco autoritario.»²⁵

A Allison Peers le había conocido a raíz de su correspondencia sobre la ayuda al profesorado expatriado en octubre y noviembre de

²⁰ London, Constable, 1921.

²¹ Ver *Rebellion in Spain*. Birmingham, Council for Peace and Liberty, 1936, apud MONFERRER CATALÁN, *op. cit.*, p. 177.

²² Carta citada a Américo Castro.

²³ Ver «La cruzada de la cultura», p. 243.

²⁴ Carta del 11 de mayo de 1937.

²⁵ Carta del 29 de julio de 1937.

1936. Al final de su primer año con Atkinson, Peers le invitó a participar como anfitrión en un curso intensivo de verano que, en 1937, no podía tener lugar, como habitualmente, en España. Luzuriaga apreció sinceramente este suplemento pedagógico-económico a sus actividades y escribió a Castro el 23 de agosto: «Peers se ha portado con nosotros magníficamente.» Sus relaciones se estrecharon a lo largo del año siguiente y el contacto se reveló provechoso: «Acabo de dar unas conferencias en Leeds, Newcastle, Londres y Liverpool, al parecer con bastante éxito.»²⁶ A esto hay que añadir sus artículos y reseñas para el *Bulletin of Spanish Studies*. En todas sus aportaciones se destaca su sumo cuidado en no aventurarse en el terreno de la actualidad. En el caso de su artículo sobre la geografía española esto no presentó ningún problema²⁷. Más curioso fue su breve reseña sobre el libro de Madariaga, *Anarchy and Hierarchy*²⁸ en que esquivó la discusión de estos temas tan de actualidad en los años treinta, limitándose a cuestionar tímidamente conceptos como «democracia orgánica» o «la organización corporativa del Estado». Igualmente reservada fue su noticia sobre el importante libro *Wars of Ideas in Spain* de su amigo y colega Castillejo²⁹.

Dada su filiación ideológica se habría esperado un comentario más acalorado pero no hizo más que resumir brevemente su credo liberal: «...una obra de libertad, de tolerancia y de paz, por encima de las luchas políticas apasionadas del siglo pasado».

Comparando sus primeros meses en Londres, caracterizados por su vigoroso compromiso en favor de la República, con su estancia en Glasgow se nota un progresivo cambio de orientación. Esto puede atribuirse, en cierto sentido, a su distancia de Londres, centro de la campaña, mientras que las reservas en sus escritos pueden originarse en el hecho de que no quería aparentar en un campo que no era el suyo. Más discutible (para un secuaz del gobierno legítimo) resulta ser su asociación con Allison Peers. No se puede minimizar el papel de tribuno polémico del catedrático y editor del Boletín. Tampoco es posible que Luzuriaga haya desconocido su reputación pública. De todas las plumas que escribían sobre España «...yours is undoubtedly the most contemptible» le espetó Antonio Ramos Oliveira, el Agregado de Prensa de la

²⁶ Carta a Américo Castro del 1 de marzo de 1937.

²⁷ N.º 59, julio de 1938.

²⁸ London, Allen and Unwin, 1937. La reseña apareció en el número 54, abril de 1937.

²⁹ London, John Murray, 1937. La reseña es de enero de 1938.

Embajada³⁰. La misma advertencia le fue repetida por amigos y colegas como Castro a quien Luzuriaga tentó de mitigar la hostilidad: «...comprendo tu opinión. Pero mi experiencia es otra».³¹ Otra vez (y no será la última) se evidencia cierta candidez por parte de Luzuriaga en sus salidas en la esfera política. Como en el caso de Atkinson primaba la amistad sobre las posibles diferencias políticas: casi se puede imaginar que en sus contactos personales hubieran adoptado una actitud de no aventurarse en espinosas cuestiones de actualidad.

Quedan dos acontecimientos ocurridos en el curso de 1937 que aclaran la evolución de sus relaciones con el Gobierno de la República: su iniciativa en favor de la mediación en el verano de 1937 y su cese decretado el 20 de octubre de 1937. El tema de la mediación, en el sentido de buscar una vía media entre los poderes totalitarios y las ideologías revolucionarias, representaba típicamente los intereses del liberalismo y de la pequeña burguesía. La discusión de esta cuestión, nunca ausente en el debate sobre la guerra, volvió al primer plano con la publicación en el *Times* en mayo de 1937 de dos artículos de Castillejo³². El 28 de abril se había publicado un editorial condenando la destrucción de Guernica, pero mostrándose escéptico en cuanto a la posibilidad de poner fin a las hostilidades si no fuese por el agotamiento de los beligerantes. Castillejo reaccionó enérgicamente contra el tópico de la violencia española, considerada como responsable de la prolongación de la contienda, subrayando la iniquidad de la injerencia extranjera:

«It is true that Spaniards are guilty of intolerance and violence, but it is also true that foreign ideas and dogmas, imported by insistent propaganda, are fighting each other in the Peninsula, using foreign arms, guided by foreign advice, and stimulated by a ruthless and biased international press.»³³

Sin embargo, el proyecto que esbozó en el segundo artículo, «Spain and the Powers», con sus referencias a la enrevesada diplomacia de la Liga de Naciones, se sitúa lejos de las duras realidades de la Guerra Civil:

«A scheme of totalitarian regions under a central strictly liberal government is somewhat on the lines of the League of Nations with its ar-

³⁰ Citado por Monferrer Catalán, *op. cit.*, p. 171.

³¹ Carta del 23 de agosto de 1937.

³² El 1 y el 18 de mayo.

³³ «Peace in Spain», el 1 de mayo.

bitration, international justice, mandates and protected minorities. The deadly foes, communism and liberalism, would be summoned to cooperate by the Great Powers.»

Es probable que el interés manifestado por Luzuriaga en el asunto fue inspirado por esta campaña. El once de mayo (es decir, entre los dos artículos arriba citados), sufriendo de su aislamiento en Glasgow, escribió a Castro para quejarse de las pocas noticias recibidas de sus amigos, así como de su miedo a comprometerse. «No he visto mayor falta de solidaridad que la de nuestro grupo, microcosmo de lo que ocurre en España.» Se resalta el tono de frustración ante la ausencia de cohesión y la incapacidad de articular una posición coherente. La publicación de los artículos de Castillejo sirvió tal vez como acicate: el 9 de julio le describió a Castro lo que llamó su viaje a París en pro de la mediación: «Hice el viaje con el fin de ver si se podía hacer una gestión para acelerar el término de la guerra, ofreciendo algunos términos de mediación. Creía que eso podía ser misión de intelectuales expatriados.»

Todo indica que su decisión fue tomada rápidamente en un típico arranque de energía y sin gran preparación ni en cuanto a la delimitación de los posibles términos de mediación, ni en cuanto a la misión de los intelectuales. Tampoco parecía haber sondeado el grado de apoyo que pudiese atraer. Nada más empezar descubrió su error y la distancia entre su apacible existencia en Glasgow y el reñidero intelectual que fue París en 1937. «Pronto ví que era inútil. Todos han tomado un partido, con una ferocidad casi igual o peor a la de los combatientes.» Su desengaño fue profundo al darse cuenta de las hondas divisiones que reinaban entre ellos, así como del desprestigio que resultaba: «...si hay una cosa cierta ahora es el fracaso absoluto de los intelectuales». Su amargo pesimismo sólo le deparó una posible salida, la de refugiarse en la idealización de la austera moralidad de Francisco Giner de los Ríos y los institucionistas: «No son morales», dijo de sus colegas, «como lo sería D. Francisco o el Señor Cossío... No hay nadie de la talla de aquellos que quizás se situase por encima de las pasiones.» Se nota, con cierto asombro, la ausencia de toda referencia a los intelectuales comprometidos entonces reunidos en Valencia.

Menos de una semana más tarde se dirigió a Ortega, lamentándose ante la posibilidad de la victoria de cualquiera de los dos bandos: sería «la desaparición para mucho tiempo en nuestro país del liberalismo,

única forma decorosa de vida».³⁴ Volvió al tema manoseado de la elite liberal que debería constituir «un tercer partido —una minoría de gente inteligente y liberal— que pudiera sustituir a los hoy en lucha o al menos a sus líderes». A principios de octubre le expuso sus ideas más detalladamente. Su noción de una intervención extranjera que impusiera un gobierno sugiere un eco distante de la propuesta de Castillejo del mes de mayo precedente. En tal gobierno no participarían «ningunos de los que dirigen hoy los dos bandos, sino los elementos más moderados...» Su desprecio hacia los profesionales de los partidos políticos le conduce a dar preferencia a «personas alejadas de la lucha y de gran autoridad moral e intelectual». Sin embargo, cuando se pone a alistar a los que considera capaces de emprender esta tarea se resalta en seguida su casi nulo contacto con el mundo político: «...Martínez Barrio, Sánchez Román y Miguel Maura por el lado de Valencia y del otro gentes equivalentes que desconozco».³⁵ La ducha fría proporcionada por su experiencia parisina tuvo como consecuencia un creciente sentido de aislamiento personal y de apartamiento del debate sobre la evolución de la guerra.

Al comentar la brusca terminación de su misión bajo los auspicios del Ministerio de Estado hemos aludido a la posibilidad de la existencia de un elemento de hostilidad hacia Luzuriaga desde dentro del Ministerio de Instrucción Pública. Esto no se limitó a su caso individual: más bien Roces y García Lombardía querían poner a todos los funcionarios en pie de guerra. La orden de regresar a España dirigida al personal de Instrucción Pública que se encontrase en el extranjero era la consecuencia lógica de los objetivos ministeriales. Fue su colega Santullano quien, indirectamente a través de Castillejo, le amonestó acerca del nuevo reglamento. Este le mandó una tarjeta el 8 de febrero de 1937: «Santullano me escribe con fecha 1.º de febrero que se ha cursado a las embajadas una orden del Ministerio de Instrucción Pública dando un plazo de un mes para que regresen los funcionarios. Me encarga avise a Vd para que pueda volver con tiempo.» El 4 de abril Castillejo volvió a comentar lo ocurrido:

«Cuando Santullano me avisó que se llamaba a los funcionarios (yo no he visto la disposición oficial si existe) puse una comunicación oficial que entregué al Consulado aquí y que contenía una escueta lista

³⁴ Carta del 15 de julio de 1937.

³⁵ Carta del 1 de octubre de 1937.

de lo que he hecho desde que llegué (conferencias, publicaciones, etc.). No formulaba petición alguna a fin de que el Ministerio hiciera lo que creyera conveniente... He recibido una comunicación diciendo que se me continuarán abonando mis haberes... Seguiré por tanto aquí hasta que se llegue a una situación que permita trabajar y ser más útil en España.»

Hay varios aspectos de la carta que llaman la atención: la duda sobre el texto de la disposición, la comunicación por parte de Castillejo de sus actividades en pro de la República, sin formular petición, y la rápida respuesta confirmando el *statu quo*, todo parece indicar que, en el caso de alguien activamente promocionando la causa de la República, no habría problemas. Sin embargo, Luzuriaga no quería seguir el ejemplo de Castillejo, funcionario modelo y de una fidelidad inquebrantable al Gobierno. Para ése había un principio en juego, como le explicó a Américo Castro:

«Santullano me escribió, mandándome un impreso para pedir mi readmisión como funcionario: no lo he firmado porque no creo que el gobierno tenga derecho a dejarme cesante sin formación de expediente. Si lo hace, allá él, pero yo no quiero hacerme cómplice de una irregularidad.»³⁶

Parece haber ciertas diferencias con la situación descrita por Castillejo. No se trata de una disposición oficial sino de un impreso para pedir su readmisión, lo que implica una sanción ya impuesta. Pero sería ocioso debatir estos detalles o la hipotética reacción de las autoridades si Luzuriaga les hubiera mandado una respuesta, parecida a la de Castillejo, listando sus actividades en Gran Bretaña. El hecho es que Luzuriaga decidió terminantemente no entrar en el juego. Por su parte las autoridades no parecían demasiado apresuradas y el cese definitivo todavía tardó unos meses antes de aparecer en la *Gaceta* el 20 de octubre de 1937. Luzuriaga no hizo ningún comentario, tratando el asunto con supremo desdén. Sin embargo, marcó un hito más en su progresiva separación de su anterior existencia³⁷. Otros casos se pueden citar en que el Ministerio mostró una sorprendente mansedumbre. Américo Castro,

³⁶ Carta del 11 de mayo de 1937.

³⁷ Por una curiosa ironía García Lombardía, el Director General de Primera Enseñanza que representaba el ala dura de la FETE, iba a ser expulsado del Partido Comunista al final de la guerra por haberse marchado de España antes de la orden. Entrevista del autor con Santiago Álvarez el 30 de marzo de 1992.

contestando a la arriba citada carta de Luzuriaga fechada el 11 de mayo de 1937, le comentó:

«El asunto de mis relaciones con la Universidad de Madrid es éste: dieron una orden estando yo en Europa que los funcionarios en el extranjero, bastaba que no hicieran política adversa para que se les reconociera su derecho de tales funcionarios.»³⁸

El poco apego a la República de varios intelectuales fue mencionado amargamente por José Gaos, Rector de la Universidad de Madrid, en una conversación con Manuel Azaña: «En general esa emigración nos ha hecho mucho daño.»³⁹

Este examen de los años que Luzuriaga pasó en Gran Bretaña es sobre todo la historia de la desilusión de un liberal en la tradición decimonónica ante el mundo de los años treinta. A pesar de las circunstancias dramáticas de su salida de España, Luzuriaga no fue expuesto sino brevemente a la exaltación del movimiento popular provocado por la rebelión militar. Aparte las primeras semanas en Londres se mantuvo a cierta distancia del ambiente acalorado de la confrontación ideológica sobre la guerra. Detrás del fervor de sus primeros contactos creyó detectar las reservas en la opinión pública originadas en la corriente pacifista y el estado falta de previsión de las fuerzas armadas británicas.

El viaje a París para promover la mediación produjo una honda sensación de fracaso, no sólo personal sino por parte de su círculo de universitarios ante la imposibilidad de formular una posición común. Este revés, su disgusto con el Ministerio de Estado y su cese dictado por el Ministerio de Instrucción Pública, todos estos sucesos se asociaron para enfriar sus relaciones con el Gobierno. Otros incidentes ensombrecieron todavía más su visión del porvenir: «Se incautaron de mi Revista y mis libros y no sé si dejarán alguno», escribió a Américo Castro el 1.º de marzo de 1938. «Si volvemos tendremos que comenzar la vida desde el principio.» Todavía más revelador de sus relaciones con los radicales de la Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza fue su nota a Alberto Jiménez: «...los sinvergüenzas de la Federación de holgazanes de la enseñanza arramblaron con todos los libros que yo tenía en uno de los almacenes.»⁴⁰ Su situación económica seguía siem-

³⁸ Carta de Américo Castro a Luzuriaga el 5 de junio de 1937.

³⁹ AZAÑA, M.: *Obras completas*. México, Oasis, 1968, vol. 4, p. 827.

⁴⁰ Carta del 26 de octubre de 1938.

pre incierta y, poco a poco, en el curso de 1938 empezó a conformarse con la idea de salir definitivamente de Europa:

«No hay otra solución que la de irse a América...Está uno condenado a continuar como un modestísimo lector, con sueldo deficiente y con la mujer trabajando como una criada.»

Por lo menos había la posibilidad de volver a su trabajo especializado y «de rehacer allí la vida espiritual y materialmente, trabajando en las cosas de la educación».⁴¹

Un elemento tal vez decisivo fue la dificultad de encontrar un puesto para 1939. Sabía que sería imposible extender su nombramiento en Glasgow. Por esto le pidió a Alberto Jiménez tantear el terreno con Trend en Cambridge. Jiménez acababa de obtener un nombramiento de tres años en Oxford y Luzuriaga sabía que Muñoz Rojas iba a terminar su período en Cambridge⁴². La operación no parecía demasiado complicada, pero solamente unos días más tarde, el 30 de marzo de 1938, Jiménez le hizo saber que Trend no podía acceder a su petición. Luzuriaga reaccionó iracundo: «...no he tenido mucha suerte con Trend. Desde que estamos aquí no he recibido la menor atención suya». Su malhumor le llevó a formular una crítica arrolladora:

«En realidad una de las razones que me mueven a ello [irse de Europa] es la desilusión que he sentido al ver de cerca la vida y la política inglesas. Pasada la ilusión de los primeros momentos, he visto tal cantidad de egoísmo, de cosas viejas, rutinarias que llega un momento en que superan las atenciones superficiales recibidas. En cuanto a la política, es un verdadero asco. Hitler les dominará como se lo merecen.»⁴³

Todavía estaba rumiando el asunto en sus últimos días en Gran Bretaña:

«Los hispanistas de aquí, sobre todo Atkinson y Allison Peers, se han portado bastante bien conmigo: en cambio, el amigo Trend no ha movido un dedo ni por mí ni por nadie, a no ser por Alberto Jiménez. ¡Qué flojos son intelectualmente todos ellos con la excepción de Entwistle! En general este país está ciego para las cosas intelectuales.»⁴⁴

⁴¹ Carta de Jiménez Fraud del 15 de mayo de 1938.

⁴² *Ibid*, el 23 de marzo de 1938.

⁴³ *Ibid*, el 15 de mayo de 1938.

⁴⁴ Carta a Américo Castro del 16 de enero de 1939.

Terminada la guerra y desde la calma de Tucumán volvió a definirse como un viejo liberal, recogiendo los temas ya conocidos de sus creencias políticas:

«No soy de izquierda ni rojo como tampoco soy de derecha ni blanco. Soy un viejo liberal. Vd sabe que hace muchos años no intervingo en política (en realidad no lo he hecho nunca más que unos meses allí en mi juventud)... Si tengo alguna simpatía es por lo que ha representado hasta ahora Inglaterra.»⁴⁵

La carta fue dirigida a Ortega y de nuevo se ve resurgir su admiración incondicional por el «maestro». Ya hemos notado como, a lo largo de 1937, insistió en la posibilidad de una tercera vía conducida por Ortega, la única esperanza. Todo esto sin hacer caso de las advertencias de otros amigos y colegas. El 14 de enero de 1938 Ángel Estabilier, entonces Director del Colegio de España en París, le escribió a Luzuriaga: «D. José Ortega muy optimista respecto al futuro de España. Cree en el papel primordial que va a representar Alemania en el tablero internacional y que los alemanes en España están obrando con gran discreción, a diferencia de los italianos.»

Solamente con el paso de varios años empezó a moderar ligeramente sus encomios del filósofo:

«Ortega no escribe a nadie y nadie sabe nada de él. Es demasiado orgullo el suyo. Creo que Kant y Hegel eran más modestos.»⁴⁶

En nuestras conclusiones sobre aquellos años en la vida de Luzuriaga conviene subrayar dos factores personales siempre presentes en su actuación. En primer lugar, los bruscos saltos temperamentales explican ciertos juicios contradictorios. En una última carta a Castillejo desde Glasgow, fechada el 1 de enero de 1939, su malhumor dirigido contra Trend fue sustituido por el calor humano en sus recuerdos de Gran Bretaña: «Llevamos un recuerdo inmejorable. No podré decir nunca lo bien que se ha portado esta gente con nosotros en todos los terrenos. Realmente, no hay más que un pueblo en el mundo y este es el británico.» A Alberto Jiménez le escribió desde Argentina el 30 de diciembre de 1942: «Yo no me olvido de Inglaterra y hago lo posible por ayudar su causa.» Se observa exactamente el mismo fenómeno en sus co-

⁴⁵ Carta de Ortega del 4 de septiembre de 1940.

⁴⁶ Carta a Américo Castro del 5 de abril de 1945.

mentarios sobre su vida en Tucumán: entusiasmo inicial seguido por la conciencia de las dificultades de la vida diaria y del peso de la dictadura peronista⁴⁷.

En segundo lugar, se destaca la perennidad de la influencia de la Institución Libre. Si los ideales humanistas de Giner ofrecieron un refugio contra la violencia desencadenada por la Guerra Civil, hay que reconocer la manera en que la profunda dedicación profesional de Luzziaga y sus colegas, así como su idealización de la naturaleza humana sirvieron para situarles por encima de los conflictos que les rodearon. En este sentido su inocencia en lo que se refiere a los debates políticos de aquel entonces les impidieron desempeñar un papel más positivo entre 1936-1939.

⁴⁷ Ver su correspondencia con Castro y Castillejo durante los años cuarenta.